

EL MUNDO DE LAS AVVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ↔ BARCELONA, setembre de 1895 ↔ NÚMERO 49



SERRA PAUSAS

MEMORIAS DE UN GENDARME

POR
PONSON DU TERRAIL

I

Prometí el año pasado al bueno de Sautereau, el sargento de gendarmes, escribir sus *Memorias*. Hace tres días, es decir, el viernes por la tarde, al ponerse el sol, cuando volvíamos de la apertura de la caza el joven doctor L. y yo, encontramos al sargento en los Charmilles.

Juan Nicolás Sautereau ya no es gendarme. Ha tomado el retiro y acaba de ser condecorado.

Se ha retirado á su modesta propiedad, situada en el Val, al otro lado del Loira: una casita blanca, rodeada de un trozo de viña por una parte, y por la otra de una fanega de prado.

Esta reducida finca pertenece á su mujer. El, con las economías hechas sobre su sueldo durante treinta y cinco años, ha comprado una inscripción en el gran libro.

Sautereau y su mujer tienen de 1,500 á 1,800 francos de renta.

El pueblecillo de San Gracián del Val, que está inmediato á la casita, desearía tener poco alcalde al antiguo sargento; pero éste se ha negado, diciendo á los que han ido á hacerle la pregunta:

—No, no, hijos míos. He sido toda mi vida la encarnación viva y popular de la ley; estoy cansado de ejercer autoridad y quiero descansar. Si necesitáis de mí algún consejo, venid; pero no me pidáis otra cosa.

Ahora bien: el viernes por la tarde el antiguo sargento me recordó mi promesa, cuyo cumplimiento ha facilitado entregándome un voluminoso manuscrito, en el cual ha consignado, casi día por día, los acontecimientos importantes de su vida. Y yo, siguiendo paso á paso su trabajo y limitándome al papel de mero redactor y arreglador, voy á contar los hechos de que se compone tan singular existencia.

II

Hace cuarenta años, la Soloña era un país completamente salvaje.

Nada estaba desmontado ni saneado en ella. Bajo los juncos dormía un agua cenagosa; los bosques se sucedían sin interrupción, dejando sólo al descubierto aquí y allá algunas pobres landas, de tierra arenosa e improductiva.

Las chozas escaseaban; las aldeas hallábanse situadas á gran distancia unas de otras, y las comunicaciones eran difíciles, por no decir imposibles.

La población, ruin y miserable, vivía con grandes dificultades.

El arrendador no podía subsistir sino dejando de pagar las rentas.

El campesino cazaba furtivamente con escopetas, con red, con toda suerte de trampas, y nadie se scandalizaba de ello.

La caza furtiva se consideraba en Soloña, desde 1789, como una profesión lícita; pero ¡qué profesión, Dios mío! La caza se pagaba con un pedazo de pan, en las ciudades, al que se había apoderado de ella.

Uno de esos industriales que en el centro se llaman *polleros*, y que hacen el comercio de huevos, manteca y aves, recorría los campos, las granjas, las chozas de carboneros y leñadores, y pagaba de diez y ocho á veinticinco sueldos por una liebre, seis por una perdiz roja y cuatro ó cinco por una gris, dando una libra de pólvora por un cervato.

La caza furtiva era, pues, un medio de existencia casi reconocido, y los pocos grandes propietarios de Soloña que eran cazadores ni siquiera pensaban en reprimirlo, cuando fué cambiado el prefecto de Loir-et-Cher casi por la misma época en que resultó elegido diputado el marqués de Vauxcamps.

Todo esto pasaba en los primeros tiempos de la Restauración.

El nuevo prefecto era cazador y defensor acérrimo de los privilegios de la caza. El marqués, que tenía una gran propiedad en plena Soloña, entre Romorantin y Salbris, profesaba violento odio á los cazadores furtivos.

El prefecto y el diputado se entendieron, y en menos de un año fueron duplicadas las brigadas de gendarmería y destituídos todos los guardias rurales y forestales, á quienes reemplazaron gentes extrañas al país.

El tribunal de Romorantin entró en la confederación y se mostró severísimo. Los pobres soloñeses fueron presos y condenados.

Confiscáronse las escopetas y hubo pena de prisión para los reincidentes.

En un país meridional hubiera habido revueltas á mano armada; pero el soloñés tiene la fiebre y es dulce e inofensivo.

Los más ardientes cazadores furtivos se sometieron, y pronto su número quedó muy reducido.

Pero en la época en que comienza esta historia había aún algunos que desafiaban toda autoridad, y entre ellos, el más atrevido, el más tenaz, el que, á pesar de ser soloñés de nacimiento, parecía pertenecer á una raza distinta por la violencia y la irascibilidad de su carácter, era Martín la Anguila.

¿De dónde le venía este extraño apodo?

Martín habitaba con su mujer y cinco hijos una humilde choza, cubierta de ramas de abeto á guisa de techo, situada en el centro del bosque y á orillas de un pantano llamado la *Charça de los Jabatos*.

En este pantano, de donde salían en el verano pestilentes emanaciones, abundaban las anguilas, y durante mucho tiempo el cazador furtivo Martín había unido á su primera in-

dustria la de pescador, debiéndose á ello que se acabara por darle el nombre del pez que cogía.

Martín era hombre de baja estatura, pero fuerte, rehecho, enérgico.

Moreno como un moro, de ojos negros y dientes afilados y blancos como un animal carnívoro, ostentaba una belleza salvaje bajo sus harapos.

Su casa, su pequeño pedazo de campo, algunos pertrechos y el producto de la caza y de la pesca, constituían todo su haber.

Había casado á los veinte años con una mujer de más edad que él y que se había quedado ciega.

Martín tuvo cinco hijos, cuatro varones y una hembra.

Esta era la mayor.

A los doce años, la animosa muchacha se había ido al Val, donde los labradores están más acomodados, á consagrarse á la guarda de gansos.

Los cuatro varones permanecieron en la choza, dedicándose al mismo oficio que su padre y yendo con él el domingo á Salbris, donde bebián y cuestionaban en las tabernas.

Eran gemelos, dos á dos.

Martinillo y Mateo tenían, á la sazón, diez y seis años; Santiago y Nicolás catorce.

El último se quedaba con frecuencia en la choza, cuidando de su madre ciega y haciendo la comida.

Era el más dulce de sus hermanos y decía muchas veces:

—En vez de correr por los bosques, ¿no haríamos mejor en labrar nuestro campo ó ir al Val á trabajar como jornaleros?

A lo cual sus hermanos respondían con injurias y el padre con algún puntapié.

Martín *la Anguila* decía en ocasiones, sonriendo:

—Si no hubiera visto nacer á este chico, creería que era hijo de algún guarda rural ó de algún gendarme.

—Bien tuyo es,—respondía la ciega;—pero tiene más buen sentido que todos vosotros.

Una noche de noviembre, cuando comenzaban á reanudarse las disputas sobre este punto, Martín cogió la escopeta y dijo á sus hijos:

—La noche pasada ha nevado. He visto las huellas de una cierva y su cría. Las seguiremos hasta su pastura, pues hace mucho tiempo que no hemos disparado un tiro contra caza mayor.

—Hombre,—dijo la ciega,—ya has tenido dos procesos este verano, y bien sabes que el Sr. Sober, el jefe de los guardas, te ha dicho que si volvías á cogerte irías á la cárcel.

—¡Bueno!—repuso Martín.—Siempre te quedarán los chicos mientras yo coma el pan del Gobierno. ¡Venid, muchachos!

—Yo no quiero ir,—dijo Nicolás.

—¡Pues vendrás, bribón!—gritó Martín, amenazando á su hijo con la culata de la escopeta.—¡Vas á renegar del oficio de tu familia?

Y le empujó con rudeza hacia fuera, obligándole á marchar delante de él.

La nieve cubría la tierra y hacía un frío terrible.

El cielo estaba despejado y la luna brillaba en todo su esplendor.

—Veremos tirar como en medio del día,—dijo Martín *la Anguila*, internándose el primero por un sendero que penetraba en el bosque.

Sólo él llevaba escopeta, al menos en la apariencia.

Era un arma de grueso calibre y de dos cañones.

Mateo y Martinillo, los dos mayores, llevaban algo escondido bajo la blusa: era la clásica escopeta dividida en tres pedazos, que hoy casi ha desaparecido, pero de la cual se han servido durante mucho tiempo los cazadores furtivos.

Santiago y Nicolás, los dos más jóvenes, tenían la especialidad de las trampas.

El primero, especialmente, sobresalía en doblar una rama de árbol sobre el paso de un corzo. En cuanto á Nicolás, aunque no le agrada ba el oficio, sabía también poner lazos á las liebres y los conejos y construir la ingeniosa trampa del abrevadero, donde tan tontamente caen las becadas.

III

Cuando estuvieron á cierta distancia de su morada, dijo el padre:

—Os he hecho venir á todos para que la vieja os dejase en paz con sus gendarmes, sus procesos y su cárcel; pero no tenemos necesidad de ir juntos como una manada de jabatos. La nieve está dura y se hace ruido al andar.

Mateo respondió:

—Yo me voy por la parte de la balsa de las Cabras, pues creo que por allí se podrá hacer algo.

—Yo,—dijo Santiago,—voy á examinar mis lazos para conejos.

—Yo te acompañó,—exclamó Nicolás.

—¡No! Tú no,—exclamó Martín *la Anguila*, que aún estaba irritado contra su hijo.—Tú no te separarás de mí, bribón, y de buena ó de mala gana será preciso que llegues á ser un cazador furtivo.

—Pues si os quedáis con el *holgazán*,—dijo Martinillo,—no tendréis necesidad de mí.

—¿A dónde vas tú?

—Voy á dar una vuelta por la parte de la granja de los *Tres Robles*.

—¡Ah! Y ¿qué vas á hacer allí?

—Me parece que la hija de Juan Feru, el arrendador, me encuentra de su gusto.

—Es posible,—murmuró Martín *la Anguila*;—pero como Juan Feru tiene bienes y podrá dar tal vez cuatrocientos ó quinientos francos en buenos escudos á su hija, ésta no será para ti.

—Lo veremos,—dijo Martinillo.

—Todo está visto,—repuso brutalmente el padre.

—La Magdalena es testaruda, y cuando quiere una cosa la quiere de veras. La robaré y nos

iremos al Val ó al otro lado del Loira. Entonces será forzoso que Juan Feru consienta.

—Eso que dices está mal,—murmuró Nicolás.

Pero su padre le dió un pescozón, diciendo:

—¡Métete en lo que te importe, granuja! Y tú, muchacho, haz lo que quieras. ¡Después de todo, pronto necesitaremos en casa una mujer!

—Padre...—repuso Nicolás con voz suplicante,—si quisieraís creerme...

—¿Qué?

—Volveríamos á casa.

—¡Anda, tunante, si no quieres que te rompa encima la culata de mi escopeta!—replicó con dureza el cazador.

La luna deslizaba sus rayos por entre el ramaje y hacía brillar la nieve.



Mostró á su hijo unas anchas huellas

Martinillo se fué, como lo habían hecho antes los otros dos hermanos, y Martín la Anguila se quedó solo con su hijo Nicolás.

Este último estaba temblando.

Era una naturaleza nerviosa, delicada, impresionable, y muy bueno en el fondo, como lo probaba el que hasta entonces había resistido á los deplorables ejemplos de su padre y de sus hermanos.

—Pero, padre,—se atrevió á decir,—¿sabéis que mi madre tenía razón hace poco?

—¿En qué tenía razón?

—En decir que desde hace algún tiempo los guardas y los gendarmes se conjuran contra vos.

—Sí; pero yo soy una pieza difícil de coger. No tengas miedo... no me sorprenderán.

De pronto, Martín la Anguila se detuvo.

—Mira!—dijo.—¿Conoces eso?

Y mostró á su hijo unas anchas huellas impresas en la nieve.

—Es la huella de un corzo.

—¡Tan cierto como tú eres un hábil cazador y yo un imbécil!—repuso desdenosamente Martín la Anguila.—¿No reconoces las pisadas de un ciervo?

El niño se inclinó con curiosidad. Entonces Martín, que tenía interés en enseñar bien á su hijo, añadió:

—La huella es profunda y bien marcada, la pata redonda y gruesa: se trata de un ciervo de paso. No es de estos sitios, y supongo que vendrá de los bosques de Orleans ó de Montargis. Pero como su marcha no es regular y la

pata trasera está junto á la delantera, no es un viejo de seis puntas: es un ciervo de dos años, todo lo más. Vamos á seguirle, y apuesto á que le hallaremos reposando antes de un cuarto de hora.

Las huellas del ciervo continuaban marcándose en la nieve, atravesando las malezas y los bosquecillos de abetos, que son muy numerosos en Solognia.

Martín y su hijo siguieron andando.

El primero, que había puesto dos balas en el cañón izquierdo de la escopeta y una en el derecho, se detuvo de pronto.

—¿Qué hay, padre? —preguntó Nicolás.

—Me parece que he oído ruido.

Y el cazador se inclinó, aplicando el oído á tierra para escuchar mejor.

—Es el viento, —dijo, al fin, levantándose.— No hay nadie en el bosque. Los guardas han tenido frío y los gendarmes están acostados.

Las huellas del ciervo volvíanse cada vez más irregulares, y el animal parecía fatigado, á juzgar por la profundidad de aquéllas.

Martín la Anguila se detuvo de nuevo.

—Mira, —dijo al niño, mostrándole un matorral en el que se abría un estrecho claro; —el ciervo está ahí dentro. Tengo mi plan. Voy á apostarme al otro lado del matorral.

—Bueno.

—Tú te quedarás aquí. Luego cogerás dos guijarros y los harás chocar uno contra otro, marchando en línea recta hacia mí.

—Sí, padre, —repuso el niño, en quien el interés de la caza dominaba momentáneamente su repugnancia por el oficio de cazador furtivo.

Martín se deslizó á lo largo de los árboles hasta el sitio indicado y se agachó junto al enorme matorral donde pensaba que se hallaría el ciervo.

Mudo, inmóvil, con la escopeta apoyada en el hombro y el dedo en el gatillo, esperó.

Entonces el niño fué en derechura hacia el matorral, haciendo chocar los dos guijarros y gritando:

—¡Ar! ¡Ar! ¡Ar!

Martín no se había engañado.

El ciervo estaba en el matorral. Al ruido, se levantó inquieto, vaciló un momento, pues, como había supuesto el cazador, era un ciervo de paso y extenuado por la fatiga. Luego saltó fuera del matorral y se detuvo de nuevo, en pleno claro, alta la cabeza y dispuesto á afrontar el peligro.

Hallábase iluminado por la luna, á sesenta metros del cazador.

Este oprimió el gatillo, el tiro partió, el ciervo dió un salto prodigioso y cayó muerto. La bala le había perforado el corazón.

Pero cuando el cazador, lleno de gozo, se lanzaba sobre su víctima, oyóse en el bosque el sonido de unos pasos precipitados, y Martín vió aparecer, á la luz de la luna, el tricornio de un gendarme.

—¡Ah! —gritó éste. —Ahora, Martín la Anguila, hace bastante claridad para que se te reconozca.

Martín emprendió la fuga, gritando:

—¡Huye, pequeño!

El gendarme le persiguió, y dijo:

—Tengo orden de arrestarte, é irás á pasar la noche á la cárcel de Romorantin.

Martín continuaba corriendo; pero el gendarme era joven, ágil y conocía perfectamente el bosque.

—Ya se te había avisado, —continuó á la vez que ganaba terreno; —pero eres incorregible. Tú has ganado seis meses de prisión.

Al correr, Martín dió un paso en falso, chocó de cabeza contra un tronco de árbol y cayó.

—¡Ah, canalla! —murmuró, imputando al gendarme el daño que acababa de hacerse.

Habíase abierto la frente, y la sangre brotaba de la herida.

—¡Ríndete! —gritó el gendarme llegando junto á él.

Pero el cazador, que no había soltado la escopeta, cuyo cañón izquierdo aún estaba cargado, ciego por la sangre y trastornado por la cólera y el dolor, respondió:

—¡Mira como me rindo!

Y, apuntando, hizo fuego casi á boca de jarrón sobre el gendarme, que cayó á su vez, como había caído el pobre ciervo.

IV

Martín la Anguila no había cometido hasta entonces ningún crimen. Ni aun se había apropiado jamás lo perteneciente á otro, excepto la caza.

Pero en la mente de un cazador furtivo, la caza es de todo el mundo.

Apenas el desgraciado vió caer al gendarme, se sintió sobrecogido de terror.

Erizáronse sus cabellos, sus ojos se inyectaron de sangre, y su corazón cesó de latir.

Vió levantarse ante él el cadalso, y, olvidando á su hijo, olvidando al ciervo, causa de su delito, emprendió la fuga, sin cuidar siquiera de cerciorarse de si el gendarme estaba ó no muerto.

Este había recibido en el pecho una de las dos balas.

La otra, desviándose, había penetrado en el tronco de un árbol.

El infeliz soldado de la ley había caído sin conocimiento y bañado en su propia sangre.

Sin embargo, no había muerto, y tardó poco en volver en sí, bajo la impresión de un frío al que sucedía el calor en súbitas transiciones.

Un hombre, mejor dicho, un niño, trataba de reanimarle, frotándole con pelotones de nieve las sienes y el rostro.

De esto provenían las alternativas de frío y calor.

El niño, como ya se habrá comprendido, era Nicolás, el hijo del cazador furtivo.

Nicolás no había calculado que, al socorrer al gendarme, al intentar salvarle, perdía á su padre.

Sólo había visto un hombre en peligro de muerte, y había acudido en su auxilio, deján-

do á su padre emprender cobardemente la fuga, después de cometida su innoble acción.

La vida se reveló en el gendarme por medio de un suspiro; luego abrió los ojos, miró en torno suyo y vió al muchacho.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El niño no dió respuesta alguna.

Había roto su camisa, desgarrándola con los dientes, y, formando con ella una especie de muñeca, intentaba tapar el agujero hecho por la bala, para detener la sangre que corría en abundancia.

—Señor, —dijo, al fin, — si pudieseis andar solamente cincuenta pasos, llegaríamos á una choza de leñadores que está abandonada. Yo encendería fuego y después iría á pedir socorro.

El gendarme trató de levantarse; pero volvió á caer, y murmuró con voz apagada:

—¡Tengo frío!

Y sus ojos se cerraron de nuevo.

Nicolás era de escasa estatura; mas, como todas las personas nerviosas, tenía gran fuerza cuando se hallaba presa de una grande excitación.

Cogió en sus brazos al gendarme, hizo un esfuerzo sobrehumano y se lo cargó á cuestas.

Comprendía perfectamente que si aquel hombre permanecía sólo una hora expuesto al frío glacial de la noche, era hombre muerto.

Entonces, doblado bajo su carga, pero irguiéndose y hallando en su valor fuerzas extraordinarias, se puso en marcha.

El gendarme se había desvanecido de nuevo.

Conforme lo había dicho Nicolás, al cabo de unos cincuenta pasos llegaron él y su preciosa carga á una choza de leñadores.

Era una especie de cobertizo construido con maderos unidos por tierra gredosa y cubierto de ramas de árboles.

Los leñadores que se guarecían allí en días de lluvia, habían instalado una rústica chimenea, formada por tres piedras y un agujero en el techo para dar salida al humo.

Los últimos huéspedes de la choza, que, en realidad, pertenecía á todo el mundo, habían amontonado en ella hojas secas y malezas.

Nicolás acostó al gendarme en aquel lecho improvisado.

La luna seguía brillando en el firmamento y veíase como en mitad del día.

Luego el niño, que, como todos los cazadores furtivos, llevaba encima pedernal, eslabón y yesca, amontonó algunas ramas y malezas secas, y les prendió fuego.

El calor reanimó al gendarme con mayor prontitud que antes lo había hecho la nieve.

El niño le había desabrochado su uniforme, y, guiado por un instinto maravilloso, había colocado una capa de nieve sobre la herida.

—¡Buen muchacho! —murmuró el gendarme.— De modo, que ¿no quieras que yo muera?

—Si tuviese la seguridad de que no os había de ocurrir nada hasta mi regreso,—repuso Nicolás,—iría á Salbris en busca del Sr. Chipot, el médico. Apenas necesitaría una hora para ir y volver.

—No: quédate,—dijo el gendarme.

Y trató nuevamente de levantarse y tenerse en pie.

Era hombre de unos treinta y cinco años.

Se había reenganchado dos veces en los cazadores de África antes de ser gendarme, y su pecho estaba lleno de cicatrices.

—¡Bah! —dijo sonriendo. —En peores trances me he visto! No moriré tampoco esta vez.

La nieve y los pedazos de camisa convertidos en apósito habían detenido la sangre.

El gendarme se llevó la mano á la herida y añadió:

—Creo que la bala no ha penetrado mucho y que se ha deslizado por entre las costillas.

—Corro á Salbris...

—No: espera.

El gendarme logró ponerse en pie y se acercó al fuego.

—Tengo sed,—dijo.

Nicolás fué á coger un puñado de nieve y se la presentó.

El herido se llevó á la boca un poco de aquella y miró á su salvador.

—Pero ¿quién eres? —repitió.

El niño inclinó de nuevo la cabeza sin responder.

Un vago recuerdo iluminó de pronto la frente del gendarme.

—¡Tú eres Nicolás! —dijo.

—Sí,—balbuceó el muchacho.

—El hijo de Martín!

El niño suspiró.

—¡Ah! ¡Desgraciado! —exclamó el gendarme. —¡Y quieres ir á Salbris en busca de un médico!

—¡No puedo dejaros morir sin socorro! —balbuceó el muchacho.

—Pero ¿no sabes quién ha sido mi agresor? El niño guardó silencio.

—Ha sido tu padre, y yo, con una sola palabra, puedo enviarle al patíbulo!

Nicolás juntó las manos en ademán de súplica y murmuró:

—Piedad!

—Sea,—repuso el gendarme. —Pero si quieras que me calle es necesario que te vayas.

—¡Oh! No,—repuso el niño,—no puedo dejaros solo... ¿No veis que la debilidad os domina de nuevo?

En efecto: el gendarme, exhausto de fuerzas, se dejó caer sobre el lecho de hojas.

Sin embargo, Nicolás había comprendido perfectamente lo que acababa de decirle el gendarme.

Si iba á Salbris, el rumor del atentado cometido contra aquél se esparciría, abriríase un proceso, y la presencia de Nicolás junto al herido sería una prueba terrible contra el asesino.

El gendarme le tendió la mano.

—Oye, muchacho,—le dijo;—sin ti, yo habría muerto víctima de mi herida y del frío, y acaso no se hubiera descubierto jamás á mi asesino. No es cosa de que tu buena acción se vuelva contra ti. Permanece, pues, á mi lado, y cuando yo me sienta con más ánimo, me apo-

yaré en ti y trataré de llegar á la linde del bosque.

El niño y el gendarme pasaron en la choza el resto de la noche.

El primero reanimaba el fuego: el segundo apagaba con nieve su ardiente sed.

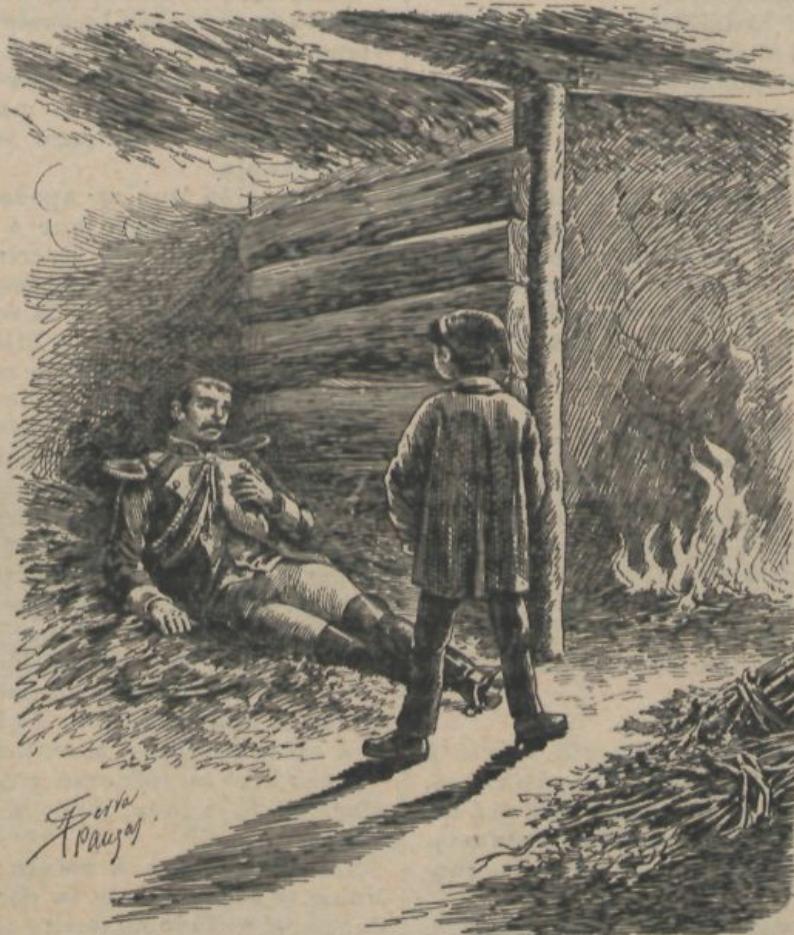
A la madrugada, poco antes de apuntar el día, la luna desapareció del horizonte.

—Ahora, marchemos,—dijo el gendarme.

Durante cerca de una hora corrió al azar por el bosque, presa de un terror delirante, con la frente bañada en sangre y los ojos inyectados.

El cadalso se levantaba ante su vista á cada paso que daba, y el espanto aceleraba su carrera.

Pero esta sobreexcitación, fácil de comprender, si se reflexiona que hasta entonces aquel hombre no había cometido otros delitos que



—Es necesario que te vayas

Y salió vacilando, apoyándose con ambas manos en los hombros de Nicolás.

La marcha fué larga y penosa.

El herido tropezaba con frecuencia; no pocas veces le faltaron las fuerzas, y se vió obligado á sentarse.

Nicolás no le abandonó ni un momento.

Al fin, cuando aparecía el primer rayo del sol, llegaron á la linde del bosque.

A la distancia de un cuarto de legua, veíanse los tejados y el campanario de Salbris.

—Ahora, vete, — dijo el gendarme.— Yo llegaré hasta allí como pueda... y no temas nada: no denunciaré á tu padre.

V

Realizado su crimen, Martín la Anguila había huido.

los de caza y pesca, se calmó poco á poco con el dolor de la herida que se había hecho en la cabeza, y que, sin duda, había sido la causa primera de su crimen.

Entonces vino la reflexión, y con ella el sentimiento de conservación que se apodera de todos los criminales después de haber cometido un delito.

La tierra estaba cubierta de nieve, y á cada paso dejaba una huella.

Martín, que al principio había corrido en dirección á su casa, se detuvo, y comprendió que se perdería inevitablemente, si no lograba hacer perder su pista antes de regresar á su domicilio.

Creía firmemente que el gendarme había muerto.

Martín jamás había errado un tiro, y sus disparos eran casi siempre mortales.

Pero los demás gendarmes, al ver que no

volvía su compañero, saldrían en su busca, hallarían el cadáver y seguirían la pista del asesino.

Martín hacía todas estas reflexiones parado en el claro donde había dado muerte al ciervo.

Una especie de instinto le había llevado á aquel sitio.

Sin embargo, no había que pensar en apoderarse del animal.

El cazador reapareció bajo el asesino.

—¡Es lástima! —murmuró.

Luego empleó un ardido extraño: descalzóse de un pie, se colocó el zapato con la punta hacia atrás, y, como no podía andar así, sino con mucha dificultad, encaminóse hacia un arroyuelo que atravesaba el bosque.

La huella así estampada hacía creer en dos hombres que marcharan en sentido inverso sobre una sola pierna: un verdadero enigma.

Empleó cerca de dos horas para recorrer media legua, y así llegó hasta el arroyuelo.

Era éste bastante ancho y profundo en ciertos sitios para que un hombre pudiera ahogarse.

Martín se dijo:

—Si siguen mi pista hasta aquí, se creerá que el asesino del gendarme ha perecido.

Volvió á colocarse los zapatos, pasó la bandolera de su escopeta al rededor de su cuello, y se lanzó resueltamente al agua, á pesar de lo riguroso de la temperatura.

Hasta que pudo tomar pie, nadó vigorosamente; luego, al llegar á un sitio en que el agua era menos profunda, continuó marchando por dentro del arroyuelo.

Este desaguaba en el pantano.

El pantano era profundo. Martín volvió á echarse á nadar, y fué á salir frente á su casa.

Cuando saltaba á la orilla, agarrándose á los juncos, oyó voces confusas á cierta distancia.

Prestó atento oído y se ocultó entre los juncos.

Las voces se acercaban: una era de hombre, otra de mujer.

La voz de hombre era la de Mateo, uno de sus hijos.

La voz de mujer, al llegar á su oído, le hizo estremecer, y se echó á temblar con todo su cuerpo, acometido de una imperiosa y extraña emoción.

La voz era clara y tierna, fresca y casi sonriente, una voz de mujer joven.

Martín había reconocido á su hija.

La Marieta, como se la llamaba, tenía á la sazón diez y siete ó diez y ocho años.

Era la muchacha animosa que cinco años atrás había abandonado el hogar paterno para ir á ganarse la vida honradamente.

La partida de su hija fué tal vez el único pensar verdadero que Martín experimentó en toda su vida.

Aquel hombre duro, feroz, taciturno y como

replegado en sí mismo, no quería á su mujer ni á sus hijos, pero amaba á su hija.

Ante ella sentíase sin fuerza ni voluntad. Si ella le hubiese prohibido cazar, es posible que la hubiera obedecido.

Desde hacía cinco años, la Marieta servía en el Val, en casa de los mismos amos.

Cada año, por Navidad, se le concedían ocho días de licencia, y la joven iba á ver á sus padres.

Cada año, también, llevaba á éstos la mitad de sus salarios, cuyo importe había percibido la víspera de Todos los Santos.

Luego volvía al Val, ya no para guardar gansos, pues al hacerse mayor había dejado esta ocupación, sino para servir como criada en la granja.

La emoción que se apoderó de Martín fué tanto mayor cuanto que á ella se mezclaba el remordimiento por su crimen.

Hubiera afrontado sin escrupulo la mirada de sus hijos; pero ¿podría sostener la mirada honrada y limpia de su hija?

Durante un momento, y oculto por los juncos, escuchó hablar á los dos jóvenes.

Mateo decía:

—Es verdad que pasado mañana es Navidad. Pero á fe mía que sólo mi madre se acuerda de ello en la casa. Nosotros no sabemos ni cómo vivimos. Martinillo ha ido á pasar la velada á la hacienda de Juan Feru, para ver á la Magdalena: yo vengo de quitar mis lazos y el padre y Nicolás están en acecho.

—Mi padre es incorregible y vosotros también, —dijo Marieta con dulzura.—Algún día os ocurrirá una desgracia. Ya lo veréis.

A estas palabras, Martín se estremeció.

Pero hizo un esfuerzo y se puso en pie, á la claridad de la luna, junto á la orilla del pantano.

La casa estaba á veinte pasos; un hilo de humo se escapaba de la chimenea, y á través del papel untado en aceite que tapaba la única ventana, pasaba un resplandor rojizo. Aunque sólo eran las dos de la mañana, había fuego en el hogar, y la ciega no se había acostado aún.

La causa de ello había sido la llegada de su hija, pues Marieta había ido á llamar á la puerta un cuarto de hora después de marchar al bosque su padre y sus hermanos.

Aquel año había adelantado un día su salida de la granja.

Había ido á pie, á través de los bosques, por el camino más corto, con un lio de ropa á la cabeza, vestida con el traje de los domingos y calzada con unos buenos zuecos completamente nuevos, andando gallardamente y haciendo diez leguas en una jornada.

La madre y la hija se habían entretenido hablando. ¡Tenían tantas cosas que decirse después de un año de ausencia!

(Se continuará)